

COLOMBINE

Cultura y Tolerancia

REVISTA, PORTAVOZ DEL ATENEO BEJARANO.

De enero de 1911 a agosto de 1912, se publicaron catorce números, impulsados por el entusiasmo de su creador José María Blázquez de Pedro (1875-1927).

En la primera plana, formando parte de la cabecera, figuraban frases célebres como: *"Quien no quiere pensar, es un fanático; quien no puede pensar, es un idiota; quien no desea pensar, es un cobarde. LORD BACÓN."*

Esta sola frase sirve para vislumbrar la claridad y contundencia con que se exponían las ideas en esta publicación. Mientras existió, se convirtió en faro de Béjar en el mundo, distribuyéndose por España, Portugal y países de América, como Colombia, Bolivia y Honduras.

Blázquez de Pedro en su estancia en Madrid, 1903/1904, debió conocer de Carmen de Burgos, y su amistad perduró hasta el final de sus días. En Heraldo de Madrid del 7 de febrero de 1927, *Colombine*, reseña su libro OBSERVACIONES DE UN ANDARIEGO EN PANAMÁ, y escribe: *"Con este título recoge el autor en un volumen todas las crónicas, artículos y conferencias publicadas en la República americana. En ellas Blázquez de Pedro aparece con los mismos ideales de rebeldía y los mismos bríos de combatiente con que inició su labor en España"*.

Producto de esta relación nuestra autora junto a su hija viajaron a Bejar un frío fin de año de 1911/1912, atendiendo la invitación de Blázquez de Pedro.

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ DE PEDRO

Nace en Béjar en 1875. Miembro de una extensa familia, de siete hermanos, acomodada y religiosa. Se cría con un tío cura y con su tía, ama del hermano. Cursa estudios básicos en Béjar y Plasencia.

En 1894 fue llamado al servicio militar y al año siguiente marcha para Cuba, donde estuvo tres años. La experiencia de la guerra le cambia para siempre. La patria y la religión le produjeron, a partir de entonces un fuerte rechazo.

En 1900 finaliza los estudios de secundaria, y se matricula en Filosofía y Letras en la Universidad de Salamanca. En su ciudad, Béjar, conecta con el carácter liberal y republicano de sus gentes. A finales de 1903 marcha a Madrid, donde se integra en ambientes editoriales progresistas republicanos. Sus escritos hacen que sea encarcelado en febrero de 1904, hasta inicios de 1905, saliendo libre por una amnistía real. Por entonces ya se siente plenamente anarquista.

Vuelve a Béjar y regenta la librería La Racional, escribe poesía, funda y dirige la revista Cultura y Tolerancia y pone en marcha el Ateneo Bejarano. Sus ideas anarquistas vuelven a llevarle a la cárcel en un par de ocasiones en 1906 y 1907. A partir de 1909 y hasta 1913, que fallece su padre, su familia se ve menguada por la enfermedad y la muerte.

El mal ambiente que se respira contra él en su ciudad y el empeoramiento de la situación económica familiar, llevan a los cinco hermanos sobrevivientes a plantearse la emigración.

En 1914 salen hacia Cádiz, para embarcar hacia Panamá. Una de sus hermanas no lo logra; fallece en Cádiz antes del viaje.

Una vez allí inicia colaboraciones con periódicos del país, escribe libros y funda su propia revista, El Caballero Andante en 1918. En la década de los años veinte se crean en Panamá asociaciones progresistas, obreras, políticas, etc. donde participa de manera activa con su ideología anarquista. Estas actividades hacen que sea detenido en septiembre de 1925 y trasladado a Cuba, donde Blázquez de Pedro fallece en 1927.

Hoy en día su figura como precursor del sindicalismo panameño, permanece homenajeada en el Mural de Marco Quintanar, con motivo del 75 Aniversario de la Universidad de Panamá, en el que aparece Blázquez De Pedro.



LA BELLEZA DEL GESTO

(Cultura y Tolerancia. Béjar. 1° enero 1912)

Estudiar los ademanes y las actitudes parécenos cosa propia de las artistas que ante el público que llena un teatro hayan de presentarse; pero las mujeres no hemos de olvidar que es preciso ser siempre artistas, artistas en todos los momentos, y el público más numeroso no importa tanto como importa ganar a uno solo de entre todos los que nos rodean.

El ademán tiene un encanto especial en la mujer, no bastan sólo la belleza y la elegancia, se necesita esa distinción de los movimientos, de las actitudes, que constituye el chic, el aroma sutil en que debe envolverse la mujer para llegar a la fascinación, y que es obra más del Arte que de la Naturaleza.

En Francia, la duquesa de Marne, que no era bella, logró alcanzar gran fama y celebridad por su modo de subir y bajar del coche y por su gracia al entrar en los palcos. En Nueva York existen escuelas de belleza en las que se dan lecciones para adquirir la elegancia de los gestos al hablar, al sentarse y al pasear. Es un curso del estudio de las actitudes.

No quiere esto decir que la mujer adquiera un aspecto teatral, falso y decorativo, con actitudes forzadas o con afectación y amaneramiento; se trata sólo de no caer en descuidos y abandonos que disminuyan su gracia habitual.

La calma, la gracia, la dignidad, en una suprema armonía de líneas, sin caer en lo afectado y dejándole libre curso a la inspiración de cada una y a su propia modalidad, constituyen el arte que más interesa a la mujer; el que la hace más amable y distinguida.

Carmen de Burgos Seguí (Colombine)

VICTORIAS SIN DERROTAS

(Cultura y Tolerancia. Béjar. 1° enero 1912)

Hoy 1° de enero de 1912 cúmplase un año de la inauguración del ATENEO BEJARANO.

En esa porción de tiempo relativamente corta, nos parece con segura imparcialidad y sincera verdad que hemos hecho, dados los elementos de que dispusimos, todo lo que hacerse podía, en favor de la cultura de nuestra ciudad y de la confraternización de todos sus hijos y moradores, sean quienes sean y piensen como gusten.

Para ello hemos recurrido a diversos actos, siempre amenos y solazantes, por intermedio de los cuales creemos haber avanzado hacia la finalidad cultural perseguida con preferencia.

Contamos en nuestro haber con veladas literario-musicales, publicación de números de Cultura y Tolerancia, discusiones de temas, lecturas comentadas, función teatral, giras campestres y concurso de bondad, de belleza y de cultura, aparte de otras cosillas de menor relieve. .../...

J.M. Blázquez de Pedro

MISIÓN ALTRUISTA DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD

(Cultura y Tolerancia. Béjar. 21 enero 1912)

CONFERENCIA leída por su autora, en la gran velada extraordinaria celebrada por el ATENEO BEJARANO, en su domicilio social, la noche del 1º de enero de 1912, primer aniversario de la fundación de dicho centro cultural.

SEÑORAS, SEÑORES:

Me encuentro aquí entre vosotros faltando a un solemne propósito mío: El de no dirigirme nunca directamente al público. He advertido que, generalmente, el conferenciante que más sabe hacer reír es el que consigue evitar mejor el bostezo del cansancio en su auditorio, y yo no he sido capaz nunca de hacer un chiste de zarzuelita por horas. Por eso me había propuesto no presentarme al público; y hablarle con toda libertad desde mi gabinete de trabajo; con esa libertad y serenidad que nos da el no verle el rostro.

Pero he recibido la carta del digno presidente de este centro, ese hombre excepcional, tan honrado, tan culto, tan bueno y tan amante del ideal, que se llama Blázquez de Pedro, y recibí con su carta los números de esa revista intitulada con las dos palabras, que son el grito del necesitado que pide el pan y el agua para su espíritu: Cultura y Tolerancia.

En esa revista he visto el reglamento de vuestro Ateneo, que ha sido como veros el alma. Este centro fue iniciado, decís, por la Juventud Republicana, Agrupación Socialista y Grupo Anarquista; y aquí caben gentes de todas las ideas, de todos los partidos; la puerta está abierta al pasajero, la biblioteca a quien quiera utilizarla; aquí se puede discutir todo, no hay vallas, no hay limitaciones; sólo la conducta recta y digna forma nuestras credenciales... lo único que se prohíbe son los apóstatas, no a nuestras ideas, sino a las ideas. ¡A las ideas! A los seres santos y salvadores, que han levantado este edificio moralmente.

¿Cómo iba yo a negarme a vuestro llamamiento? Tuve que derribar con un esfuerzo la muralla de libros y cuartillas que me cerca, para escaparme y venir hasta aquí. Porque en la obra de la mujer, en un país donde es excepcional vivir del trabajo y de la pluma, los libros representan un peso que nos envuelve y nos agobia. Algo así como el capullo que se teje el gusano de seda. Nos vamos envolviendo y enterrando en nuestra propia labor... sin esperanza ninguna... El hombre es más desdichado que el gusano; a este le da alas de mariposa su trabajo... a nosotros Nada...

Pero en esa aspiración suprema, que hace llorar a los brazos, el no ser alas, yo vi aparecer este centro como un oasis en medio del desierto. Me pareció una casa de amplios ventanales, abiertos sobre el campo, a todos los vientos, a todas las luces; en un sitio muy alto, muy alto, entre las nieves de vuestra sierra; allí donde hasta la misma nieve se endurece y no falta su blancor jamás.

¿No pudiera ser este el punto de partida, la primera piedra para construir la ciudad ideal? Porque todos lloramos por una Jerusalén que perezca víctima de sus crímenes... y todos queremos

dirigir nuestros pasos a una Mesopotamia... y vamos solos... y la fuerza para caminar no nos la ha de ofrecer otro cáliz que el que mane de nuestra propia fuerza, y sólo nuestra razón nos ha de marcar el sitio en que nos hemos de detener para decirnos: "Este es el lugar de las delicias. Alma, hagamos aquí nuestra morada."

Vosotros os habéis detenido ya en el camino, habéis puesto la primera piedra y habéis edificado una casa: Esta. La amáis con amor de creadores... ya veis... hoy festejamos su primer aniversario, como los primeros pasos del hijo de todos... Es el día en que hemos puesto al primogénito su vestidito blanco y sus primeros zapatitos, ¡ya da solo los primeros pasos!... y habéis querido asociarme a este regocijo. Me habéis dado parte en esta fiesta de familia. ¿Cómo no agradecéroslo de todo corazón? Hay más razón de celebrar una fiesta de aniversario que de inauguración. En la primera existe una promesa, aquí tenemos ya la realidad.

Por desgracia no siempre se presenta la ocasión de crear. Tenemos mucho que destruir; ¿y qué nos daréis en cambio?, dicen con voces severas los egoístas, los que no admiten la eventualidad de dormir una noche al raso.

Nosotros no sabemos lo que les podremos dar. La intuición nos dice que algo mejor que lo que hoy existe; pero las creaciones han de ser obra de las necesidades del momento. La obra social no es una obra de teatro, en la que el autor divide los actos y las escenas, y sabe lo que han de decir los personajes y como se han de mover para llegar al final meditado. En la obra viva surge lo imprevisto, lo desconocido. Se necesita sólo grabar la idea de Justicia en su más amplia acepción en todos los corazones.

Existiendo la Justicia no hacen falta las leyes que la adulteran. En esta misión el papel principal nos corresponde a las mujeres.

Nosotras tenemos una misión natural e histórica, importantísima que cumplir. Somos las encargadas de crear el amor y hacer sentir la belleza. Aunque se nos quiera pintar como un ser débil, inferior y desgraciado, no lo creáis. Podemos sentirnos orgullosas de ser mujeres.



En 1912

Yo no soy feminista, según el significado que generalmente se da a esta palabra, que ha tenido la virtud de herir de muerte a la causa que simboliza.

Creo el feminismo de una mala organización social, en la que, careciendo de un reparto del trabajo, todos hemos tenido que tomar parte en la lucha, con perjuicio de la armonía que debe reinar en los hogares, y por lo tanto en la sociedad; puesto que la suma de todos los hogares constituye la ciudad y la nación.

Es verdad que, en virtud de esta organización, la mujer se ve obligada a tomar parte en la vida pública, con un derecho natural que no puede negársele. Pero se da el caso de que

mientras se le veda lo que es lógico se le aplauden las arbitrariedades.

No hemos de divagar por un campo de especulaciones difusas, para deducir si la mujer es superior o inferior al hombre; si es un ser maligno y bello, o un animal de cabellos largos e ideas cortas, como han dicho los filósofos modernos; o bien si su influencia es de ángel o más amarga que picadura de escorpión, como nos dicen en su manojo de flores místicas los Santos Padres de la Iglesia.

Nosotros vamos a estudiar a la mujer en lo palpable, en lo visible, en su papel vivo y en las fuentes de su vida. La Psicología se llama para nosotros Biología.

Esta ciencia, aun en sus comienzos, viene a llenar los baches y hendiduras que la ignorancia puso en el camino de la sapiencia. Ella nos dice como las manifestaciones de la vida responden a los órganos que la crean; y como a distintos órganos han de corresponder diversas modalidades del pensar, del sentir y del querer, esas tres esferas totales de la actividad humana, que establecen la variedad del individuo dentro de la unidad de la especie.

Es un axioma que hemos nacido diferentes al hombre y por lo tanto no podemos ser iguales que él. Si nos empeñamos en no ser mujeres y no podemos llegar a ser hombres, ¿qué nos queda? ¿qué tipo crearemos? Un ser intermedio, igualmente rechazado por ambos, con el absurdo de una degeneración que constituya la selección inversa; cuando en su marcha lógica nada camina hacia atrás. La feminista masculinizada es la negación del progreso de nuestra especie, en la cual la hembra ha creado a la mujer y la mujer ha creado a la madre.

Me aterra esa fiebre de la mujer feminista que aborrece al

hombre, que le ve como un enemigo, que le combate y sin embargo quiere imitarle y confundirse con él. Creo que esta manifestación de feminismo no es sincera. No he visto que la sostengan nunca más que las fracasadas. Las que no han tenido quien las ame.

Es una tristeza este fracaso. Permittedme que os diga que la feminista no es la mujer. La Mujer no fracasa jamás. Fracasa la hembra; y de la hembra nace la feminista masculinizada. Esa que en su despecho abomina de las gracias del sexo, alardea de espíritu fuerte y se viste con sombreritos redondos, cuellos de hombre, trajes sastre y botas de siete leguas... Las que abominan de las flores, de los encajes, de los perfumes y del amor...

¿Y sabéis por qué hay seres femeninos que se quedan en hembras sin llegar a ser mujeres? Porque no se ha fijado el verdadero concepto de nuestra misión y no se las educa para ella.

No creáis que el educar es darle a la mujer una instrucción de discípulas de las Ursulinas. No. No es estar educada saber saludar cortésmente, presentarse en los salones, tocar un poquito el piano, chapurrar un idioma, escribir con ortografía y saber hacia qué parte del globo está la China ni cuantas personas murieron en la batalla de Alarcos. No. Ser educada es desarrollar las facultades nativas, intrínsecas, y perfeccionar el carácter para poseer la bondad, la justicia, el conocimiento de la propia dignidad y la ternura inmensa que rebosa del corazón femenino, que no se extravía, como brota el agua de los manantiales de nuestra sierra.

La mujer sólidamente educada no fracasa jamás. No es esa niña inútil y vana, tipo ordinario de muchas señoritas, cuya ocupación principal es pasear con su marido, y todos los días se exhiben y pasean, como bestia de feria que espera el comprador.

Esas tienen la necesidad de casarse, sea como sea con amor o sin él. Necesitan marido, porque ellas son incapaces de bastarse a sí mismas y creen su única carrera el matrimonio, no para edificar un hogar supuesto que en el hogar es donde mayores dotes se exigen a la mujer, sino para tener marido. Estas desgraciadas son las que luego se tornan en feministas llenas de acritud, porque o no se casan o constituyen un hogar desdichado. Al que amargan sus anhelos.

La mujer, la que merece este nombre, no necesita ser sabia. Le basta con ser sencilla, culta y buena.

El verdadero progreso consiste en ser buenas y ser cultas. Hay que formar a la mujer para que pueda bastarse a sí misma y vea en el hombre un compañero, y si este no llega, renuncie a él sin odio ni rencor, refugiándose en uno de tantos ideales como la vida ofrece: La ciencia, el arte, la humanidad, la filosofía.

Es un absurdo que la mujer viva solo para el amor y renuncie a todo cuando este se le acaba. Así siente la vejez de esas mujeres que, sin ideales, sin cuidar su atavío, sin anhelos de belleza o de altruismo, se encierran al lado del fuego a rezar el rosario y tomar pectorales, cuando son inútiles, no para el amor, sino para la coquetería. Porque el amor que se engendra con el espíritu no muere jamás.

Así es ocioso discutir si la mujer es superior o inferior al hombre. Ambos son iguales y se complementan en su misión, con modalidades distintas que no pueden confundirse. Las diferencias se han acentuado más con la ley de herencia, pues no puede negarse que el fuerte abusa del débil, mientras la conciencia del derecho no le proteja. Además, es ley universal que, cuanto más se seleccionan los seres de una especie en las capas superiores de la

escala Zoológica, más se tiende al diformismo.

La naturaleza, obedeciendo a sus leyes, ha creado los órganos según la función que desempeñan, y la fuerza de la mujer se ha reconcentrado en la maternidad; función de amor, de dolor, de abnegación, la más sublime. Para cumplirla ha sido preciso que predomine en la mujer la vida afectiva, la sensibilidad. Solo así puede tener fuerzas para cumplir su cometido.

Se ha creído que es un signo de debilidad y de inferioridad esta mayor fuerza sensitiva de la mujer. ¡Bendita inferioridad la que da fuerza para velar a la cabecera del enfermo, del desvalido, del necesitado, y enjugar las lágrimas y consolar los dolores! Esta debilidad es nuestra fuerza. ¿Sabéis la suma de bondad, de ternura, de altruismo y de grandeza que existe en el corazón de las mujeres ignoradas y sencillas? No se necesitan las grandes hazañas: Yo he visto a una mujer renunciar al matrimonio, para servir de madre a cinco sobrinitos huérfanos y trabajar para sostenerlos y educarlos. Yo he visto a una anciana de 60 años pedir limosna, para sostener con ella al compañero de su vida, también anciano y parálítico. Yo he visto a una mujer joven y llena de vida arrimar por caridad la hostia de su seno a la boca de un niño con viruelas, y ¿a qué seguir? Esto es lo ordinario. A cualquier parte que miréis encontrareis los mismos ejemplos. Seguramente que ahora recordáis mil casos parecidos, de esas que no se escriben en mármoles y bronces y forman, con su amable sencillez, el verdadero heroísmo y la verdadera sabiduría.

Tenemos el defecto de no considerar héroes y sabios más que a los que han sabido hacerse un pedestal de hombres para levantarse sobre él. Hemos visto al sabio sólo como una unidad extraordinaria y no hemos pen -

sado en todos los anónimos, los humildes; los del pedestal, los que le dieron el germen de su sabiduría... y menos mal si no colocamos entre los sabios a los inventores de cañones y fusiles. Los héroes son los que se han puesto su uniforme para que los veamos... cuando el verdadero heroísmo no ha dejado jamás uniformes ni grandes cruces.

Por eso yo quisiera poder fijar aquí la verdadera misión de la mujer moderna. No hemos de estar fatalmente encadenadas a la rutina y obrar siempre como nuestros antepasados han obrado; escribir como ellos escribieran, pintar como ellos pintaran, y respetar las leyes que nos dieron. Nuestra obra así es una obra de muertos y la vida y el progreso nos reclaman. ¡Si al menos tuviera un valor ético!, pero desgraciadamente son la inmoralidad y la mojigatería las que triunfan.

El tipo de la mujer moderna es el de Nicolasa en Matrimonios Morganáticos de Max Nordau. Es la mujer libre y casta; dulce y fuerte; que ama y piensa; y que sabe usar de todos sus derechos sin dejar de ser la compañera del hombre y la mujer del hogar. Muy mujer; algo coqueta, en la acepción de deseo de agradar; y digna sin ser desagradable y hosca, como todas las que creen que la virtud está reñida con la libertad, el trato cordial, la sencillez y la alegría.

Así como todos esos delirios de igualdad sin distinción de sexo me parecen ridículos y odiosos, la igualdad con distinción de sexos se impone lógicamente, si no queremos restar de la sociedad un elemento necesario, para asegurar el reinado de la Justicia y la mayor suma de felicidad posible.

Esta es una labor en la que nos tenéis que ayudar los hombres.

No olvidéis que en nuestro regazo aprendéis a sonreír, y que es la

sonrisa de la madre, que se inclina sobre la cuna, la que genera vuestra primera sonrisa. No olvidéis que es por nosotras por quien sentís el primer latido del cariño, el primer espolazo de la pasión.

Tenéis que hacer de nosotras vuestra esposa y vuestra madre. La compañera y la educadora de los hijos. Educadnos para no poner en manos débiles e inconscientes el honor y la felicidad.

Hay un intercambio en los dos sexos. A veces un hombre es cruel con una mujer porque otra le destrozó el corazón. En ocasiones una mujer no puede hacer feliz a un hombre por la amargura que otro puso en su copa.

Así cuando la mujer se dignifique, vosotros os elevareis. Sabrá ser la madre que imprime en el corazón de los hijos la rectitud y la justicia; sabrá ser madre de hombres honrados; y ellos mismos le darán entonces sus derechos y su respeto.

Quiero repetiros que abomino de la mujer marimacho y marisabidilla. Pero no creo por eso que nos está reservado en la vida un papel pasivo de esclavas. Nos necesita la sociedad para dulcificar sus leyes y sus costumbres. Nosotras tenemos que hacer una obra de extensión fuera del hogar, pero sin salir del hogar moralmente. Al arte, a la ciencia, a la política, a todo lo que hagamos, hay que darle un fondo sentimental y elevarlo a enriquecer el tesoro de nuestra casa. Hay que ver como se hace entrar todo lo que nos parece gigantesco por esa puerta estrecha de los hogares, como cosas internas, que es preciso que lo llenen todo.

Es labor de mujer conservar el día anterior que pierden los hombres en su fiebre diaria, y conservar lo mejor y lo más fuerte de lo que los hombres tienen que abandonar de su granero, mientras acuden al trabajo fuera de la

casa. Se nos impone una labor de conservación y de creación paralela a la del hombre; que nos coloca a su misma altura.

¿Quién puede negar que las cuestiones sociales nos interesan tanto como a él? ¡Quizás más! Puesto que debemos nuestra inferioridad real en las leyes al no poder intervenir en ellas ni inspirarlas.

Debemos tener toda la visión de lo que los hombres hacen, lo cual es ya de por sí una obra de cultura superior. Debemos velar por lo que van a hacer y al darles el beso de paz sobre la frente, en el dintel de nuestra puerta, poner en él todo el consejo y toda la dulzura que se sedimenta en el alma, después de un profundo trabajo, a la luz de una lámpara, en un gabinete lleno de paz y serenidad.

Yo quiero pintaros aquí la situación anómala en que nos colocan las leyes y las costumbres, para que veáis como se nos imposibilita esta misión de altruismo, única cosa que me hace añorar los derechos que se nos niegan y combatir para conquistarlos.

Entendedme bien. Yo no quiero, por un delirio de egoísmos femeninos, no por vanidad, ni siquiera por mejorar la situación material, cosa lícita y explicable, reclamar los derechos de la mujer. Sino por acrecentar la suma de justicia que debe haber en la sociedad. Por dulcificar la rudeza de las leyes; por el bien de la humanidad toda.

Es justo que la mujer goce de todo el respeto de que hoy carece. Que el Código la iguale al hombre, en todos los derechos civiles y políticos... ya que la iguala en el código penal... que las que tienen disposición para ello, sin perjuicio de su feminidad, tengan opción a las carreras y plaza en las lides del arte y del trabajo.

Pero la obra femenina ha de ser obra de paz. No hemos de conquistar

todos esos derechos perorando sobre el feminismo empírico ni con batallas de mitin. Lo hemos de conquistar en nuestro hogar, educando a los hijos, despertando su amor al bien, siendo vuestras colaboradoras. La obra de la mujer tiene que ser de lucha para conquistar la paz. Nuestro programa señala el exterminio de los enemigos más crueles del género humano: Guerra a la guerra, a la pena de muerte, al alcoholismo, a la tuberculosis... a la ignorancia, en una palabra.

¿Pero cómo ha de poder la mujer realizar esta obra, si no se le dan siquiera los derechos unidos a la persona? ¿Si se le niega la personalidad jurídica?

¿Conocéis bien el puesto que las leyes nos asignan? Si explicase las limitaciones que nos impone el derecho civil necesitaría un volumen. Somos la eterna menor. Soltera, bajo la dependencia del padre; casada, del marido. No puede disponer de sus bienes, ni comerciar, ni contratar, ni tener siquiera la libre administración del producto de su trabajo que las duras leyes de Roma consentían a las esclavas.

Y paso sin hablaros del concepto que se tiene del honor, de la falta de protección a la madre soltera; de la organización de una familia cimentada sobre las formalidades del Código, que llama adulterio a la falta de fidelidad en la mujer, y da al marido la facultad de matarla por un delito que cometiéndolo el hombre se considera como leve falta.

Nada os digo de cómo se educan mujeres y hombres en un país donde no existe la coeducación y como van al matrimonio no estando establecido el divorcio; cosa que hace injusto castigar al adulterio.

Ni os hablo del neo-Malthusia -

nismo, tan necesario para los pueblos que no se entretengan en tener muchos hijos para mandar almas al cielo y carne a los presidios y cuarteles.

Ni puedo hablaros de la situación de la obrera, ni de mil cosas más que harían esta interminable. Me tengo que ceñir al tema.



En 1912

Sólo os hare notar que excluirnos del Jurado es otra vejación indigna. La equidad más elemental exige que en todas las causas el número de hombres sea igual al de mujeres. Pero esto es indispensable en esas que se ha dado en llamar crímenes pasionales. Puede suceder que el espíritu de solidaridad de los hombres domine y traten con excesivo rigor a la mujer, o por el contrario que una simpatía sexual los haga demasiado piadosos con ellas, en perjuicio de la justicia, más garantida con la presencia de los dos sexos en el tribunal.

La influencia benéfica de las mujeres en los tribunales se ve en los países en donde se la admite como abogado. Es siempre la defensora

apasionada de todas las buenas causas; y en los Estados Unidos se ha hecho indispensable en los tribunales especiales de niños; hasta el punto de que, en el Congreso internacional de Protección a la Infancia reunido últimamente en París, se ha pedido que la mujer sea juez de instrucción en los delitos infantiles.

En los correccionales de niños de Nueva York, se da el caso de que la ternura de las mujeres ejerce tal influencia sobre los pequeños delincuentes, que sólo con entregarlos a carceleras se han hecho innecesarios guardias y castigos; pues todos cumplen sus deberes de buen grado, con el estímulo del amor.

¡Y las leyes nos regatean hasta la tutela de los hijos y nos limitan los derechos sobre ellos!

Es un concepto deprimente el que se tiene de nosotras. No se nos confía jamás un cargo administrativo que pueda tener responsabilidad.

Y este concepto civil, por decirlo así, se extiende hasta invadir el concepto religioso... Se nos niega como impuras el derecho al sacerdocio... Conste que no quiero reivindicar este derecho. Porque los derechos a esgrimir las armas o ejercer el sacerdocio, son dos cosas que yo no las deseo ni para los hombres.

Sólo quiero hacer notar que la misma Iglesia nos coloca, como las leyes civiles, en una situación de inferioridad.

San Ambrosio dice: "Eva dió la manzana a Adam y causó así la perdición del género humano. Es justo que la mujer viva sometida al hombre a fin de que no nos pierda por segunda vez su imprudencia."

¡Qué graciosa lógica! Y a ella le hemos debido tantos años de esclavitud.

Si de los derechos civiles pasamos a los políticos la injusticia es mayor, se nos niegan por completo; cuando en buena lógica los derechos civiles y políticos no deben basarse sobre el sexo, sino sobre la capacidad de cada uno.

Si las mujeres tuvieran los derechos políticos, sentirían la necesidad de ilustrarse para ejercerlos de un modo consciente como el hombre. No se considerarían como libres de responsabilidad moral que todos tenemos de contribuir a la gran obra de mejorar la suerte de los humanos. Pero se le ha dado el concepto de su inferioridad y lo que es peor se le ha hecho resignarse a ella.

Los partidos reaccionarios combaten la libertad de la mujer; quieren que sea la máquina pasiva que no se opone a sus arbitrariedades y que inmoviliza por su peso muerto la sociedad que ellos explotan.

Y así educan a las mujeres, como flores de invernadero, coquetas, muñecas, incapaces de nada grande, de nada heroico, sin más aspiración que la de saber vestir... y desnudar.

Ellos dicen: "No se debe instruir a las hijas. El saber mucho les es perjudicial. Si se les meten muchas ideas en la cabeza, se hacen enemigas del hogar amantes de la libertad" Así aún tenemos pueblos en España donde se mira como una monstruosidad el que las mujeres aprendan a leer.

No saben que la cultura aumenta la sensibilidad, depura, desarrolla el sentimiento estético, base de la verdadera moral, y nos da el concepto de la justicia. Se crea en ella una mayor suma de amor y por tanto una mayor suma de felicidad; puesto que así se acrece con la capacidad de amar.

¡Si fuera posible amar todo cuanto existe y decir sin hipocresía hermana agua, hermana flor!

Otras veces pretenden ridiculizarnos diciendo con feroz egoísmo: "Si mi mujer va al foro ¿quién me curcirá los calcetines?", y no ven que están sus mujeres todo el día fuera de casa, gastando el tiempo en sus ocupaciones vanas y perjudiciales.

Algunas, dicen:

"Tendrán que suspender el juicio para amamantar a un pequeñuelo", y olvidan que ellos lo suspenden para fumarse un cigarrillo.

En ocasiones, irritados porque los partidos que si avanzan llevan en su programa la igualdad de derechos, quieren caricaturizarnos creyendo que la mujer educada perderá su encanto o que abandonará sus deberes maternos. Ni lo uno ni lo otro.

La mujer dará siempre la sensación de su belleza y esta traerá consigo el amor. Será siempre la madre y esto traerá consigo el respeto.

Sin duda se amará más a la mujer útil y digna que a la frívola y a la abyecta. Es un error creer que renunciaremos a nuestras aficiones femeninas, y que dejaremos de ser amantes o merecer la idealización. El amor no puede dejar de existir y con él el hogar y la familia. ¡Suprimid el amor y el mundo se extinguiría en las tinieblas!

En cuanto al segundo argumento, la experiencia demuestra que los hijos no son obstáculo a ningún trabajo de la mujer.

La obrera no deja de asistir a la fábrica ni la dama a los salones por causa de los hijos. María Teresa de Austria, cuya figura se destaca en la historia como luchadora y sabia, tuvo 16 hijos.

Y lo más triste es que los dere -

chos políticos que nos niegan los tenemos de hecho y los ejercemos con inconsciencia y sin responsabilidad. Así muchas mujeres ponen la papeleta de voto en las manos de su marido, como Eva le dio la manzana a Adam... Inducidas por la serpiente...

Porque, dígase lo que se quiera, el hombre oye siempre la voz de su mujer y no puede sustraerse a la dulce súplica de una voz amada. Apoderarse de la conciencia de la mujer es apoderarse de la familia entera. No dándole una cultura que la defienda, dejamos abierta la puerta falsa de nuestros hogares.

Además, se da el fenómeno de que la mujer, por naturaleza, es más patriota que el hombre. El patriotismo es un sentimiento, y en este punto todos los sabios están conformes en que nosotras sobrepasamos a los varones. A la patria va unido un sentido de maternidad. La madre patria, la lengua materna; y es ese sentido el que forma la grandeza de los pueblos. Aquel contra el que no pueden luchar los conquistadores. Se ven casos de dominar una nación por la fuerza bruta pero no poder dominar su espíritu. Después de la conquista viene la asimilación, y es entonces cuando se ve el patriotismo de las mujeres, más que cuando han sido heroínas en el combate.

Alemania no ha ganado ni un francés de Alsacia-Lorena, ni Rusia tiene un polonés que sea suyo, aunque han conquistado el territorio. Beben el odio a los dominadores en el seno de sus madres, cuyo corazón es la roca inquebrantable unida a la vieja patria.

Os digo todo esto para hacer notar qué inmenso es el dolor que agobia a las mujeres que piensan, cuando ven los males que afligen a la patria y que les alcanzan a ellas y

alcanzan a los que aman, y tienen que permanecer como si fueran indiferentes. Sin poder llevar sus energías y su aliento a la obra común.

Y vemos leyes injustas, y vemos abusos, y vemos tiranías; y vemos como el alcoholismo deshace los hogares, como la tuberculosis se extiende, como crece la ignorancia y muere por incuria la flor de los hogares con los niños que traían su sonrisa de amor, y como se extiende el malestar, y como se cierne la amenaza sobre cuánto nos es querido, realidad e ideales... y hemos de estar cruzadas de brazos.

Lo repito una y mil veces. Entendedme bien. Habéis querido que viniera a hablaros y os hablo leal y honradamente. Con el alma. No es un feminismo vano el que pretendo. Es que no se nos dé un papel tan pasivo, cuando nuestra ternura y nuestro esfuerzo son necesarios a la humanidad y a la patria.

Comprendo que no es ameno el tema que traigo, para celebrar una fiesta. Pero no lo he elegido yo. Es la triste actualidad que hoy tiene, la que me ha obligado a pensar en él.

Yo tengo la ilusión de que el día que la mujer reivindique sus derechos se acabarán muchas crueldades. Creo como la infortunada Princesa de Wizniesky que nosotras conquistaremos la paz universal.

Se cree que es antipatriótico hablar contra la guerra. Yo por el contrario lo creo la más alta manifestación de patriotismo. Basta con mirar las estadísticas de nuestra nación. ¡Dos millones de hombres muertos en las guerras que ha sostenido España en el siglo XIX! ¡Dos millones de hombres! ¡Dos millones de vidas! ¿Lo entendéis bien? ¿Abarcáis el horror de esta cifra? Dos millones de hombres son dos millones de familias.

Se ha segado lo más fuerte y lo más hermoso de la raza. ¿Es antipatriótico oponernos a la guerra?

Contemplad por un momento la figura de Napoleón 1º en los campos de Friedland; de pie, inmóvil, sombrío, viendo tendidos ante sus plantas millares de cadáveres mutilados, sangrientos... debió sentir en su alma una picadura de remordimiento que quiso ahogar en una frase cínica: "Una noche de París me resarcirá".

Para él no hubo ni el presentimiento del dolor de las madres. Las mujeres eran máquinas para proveerlo de instrumentos pasivos de su egoísmo. Según el tirano, los pueblos han sido creados para dar placer a sus gobernantes; del mismo modo que la mayoría de los hombres piensa que los animales nacen para su servicio. Yo creo que las mujeres, hasta en sus crueldades, llevan en el fondo una gran piedad que se opone a todo esto. ¿Recordáis a Carlota Corday? Tal vez os habéis hecho un tipo de crueldad de ella; es difícil concebir como se mata por amor. Generalmente no se comprenden más crímenes pasionales que aquellos en que el odio o los celos arman la mano de un hombre o de una mujer contra el ser que han amado; porque cuando se mata ya no se ama. En el crimen pasional no hay amor; el amor lo sabe perdonar todo; y es sólo el despecho, la desesperación del bien perdido, el odio naciente e implacable el que mata.

Los únicos que pueden cometer crímenes por amor son los revolucionarios. Los que extraviados en su fe aplican la teoría del mal menor y piensan que salvan a su pueblo. Yo he comprendido esto ante el retrato de Carlota Corday; viendo

sus ojos serenos, su frente noble, su expresión tranquila. Tal vez se creía elegida por un brazo justiciero como Juana de Arco. Seguramente no odiaba a Marat, y su crimen fue un crimen de amor a la patria.

Otra revolucionaria es un dechado de ternura; Luisa Michel, la terrible Virgen Roja, siempre dispuesta a excitar a la rebeldía; mientras era la protectora de todos los seres desvalidos, no sólo entre los humanos, piltrafas del arroyo, productos híbridos del alcohol, la miseria y el vicio, sino de los perros, de los gatos, de los animales abandonados y hambrientos.

Otro ejemplo de un amor inmenso lo ofrecen las revolucionarias rusas. Es admirable cómo mujeres jóvenes y hermosas, dulces madres de familia, damas de nombre y posición, lo sacrifican todo para hacer causa común con el pobre pueblo oprimido. Esas mujeres débiles no van a la lucha guiadas por un egoísmo personal; y saben sufrir la cárcel, el martirio, las vejaciones; hasta llegar a la protesta de dejarse morir de hambre. Todo por amor a la justicia. Se comprende que lo hagan así ante el espectáculo de abyección que presenta su pueblo. La violencia suele no ser más que el latigazo de la conciencia que despierta.



En 1912

Pero no siempre la revolución entraña el estallido de las armas, de los desórdenes y de la sangre. Hay una revolución pasiva que nos cuadra bien a las mujeres. La que han enseñado sus madres a los dukhobors de América, esos hombres admirables que han jurado morir con las manos puras y consienten en sufrir todos los martirios, antes que mancharse en sangre de un semejante suyo, sea por la razón que sea.

¡Si toda la humanidad en masa obrase así! Yo espero que llegue el día en que esto suceda, porque de siglo en siglo la ética de la humanidad progresa y los sentimientos se suavizan. Ya no consentiríamos los atroces martirios de los siglos pasados, y nos horrorizamos de ellos como los venideros se espantarán de nosotros.

Ahora mismo una multitud de duelos nacionales, que no necesito enumerar, flota en el ambiente. Nuestra fiesta está envuelta en un velo de tristeza. No puede haber alegría a la sombra del cadalso, y amenazan con levantarlo en nuestro suelo. ¡Espectáculo anómalo e impropio de este siglo en una nación civilizada! La misión del hombre en la tierra (no acordaos del Catecismo del Padre Ripalda) es la de conseguir la mayor suma de felicidad posible; y esta no puede realizarse mientras exista la injusticia. El dolor es como una flor gigantesca, cuyo perfume lo envenena todo. No es posible ser feliz sabiendo que existe un dolor, que no puede ser ajeno siendo humano.

La mujer no necesita razones, ni políticas ni científicas ni jurídicas, para rechazar la pena de muerte. La rechaza por sentimiento.

Y no es que exista en nosotras esa miopía intelectual, de que hablaba H. Spencer, que mira sólo a lo cercano. Es que somos madres.

Las mujeres que hemos creado la vida, las que sorprendidas ante su misterio la hemos sentido germinar en nuestro seno; las que sabemos el dolor y el amor que hay en una existencia, tenemos una autoridad, hasta diría una inflexión en la voz, para rogar y exigir que no se mate en nombre de la ley; que no se castigue el crimen con el crimen; que no se deshaga la vida de un hombre. Porque matar a un hombre es matar a un hijo; es destruir la obra de la maternidad.

¿Cómo no se levantan las madres en masa y, lo mismo que las santas de las escrituras que iban medrosas a recoger los cadáveres de los mártires, no van a derribar las guillotinas? ¿No veis que amenazan, en lo imprevisto de la vida el cuello de todos vuestros hijos? ¿No veis que sufren otras madres como vosotras?

Desgraciadamente hay algo de feroz en la caridad, cuando sacrifica el cuerpo para salvar el alma. Es preciso salvar en el hombre el alma con el cuerpo, porque en el cadalso se le guillotina el alma.

Es un defecto de multitud ver el gesto del rostro lívido que se retuerce en la agonía, con los ojos fuera de la órbita y la lengua colgando en las fauces abiertas; y no ver también como empalidece, se amorata y agoniza el alma, desorbitada y con lengua fuera. ¡Pobre alma que se apaga maldiciendo, para ir a enterrarse con el reo en el rincón de oprobio de un cementerio! ¡Mujeres, a nosotras nos está encomendado evitar el horror del cadalso! Influid para que vuestros maridos, vuestros padres y vuestros hijos no elijan jamás un diputado de la nación, sin el compromiso formal de que trabaje para abolir la pena de muerte.

No olvidéis vuestra fuerza y

utilizadla de un modo benéfico. No sed como esas mujeres que esperan para para hacer un simulacro de protección que el mal no tenga remedio, y sólo la dispensan al mendigo ciego y enfermo, al tullido, al idiota, al andrajo de carne que ya no se puede zurcir. La protección ha de llegar a tiempo de no dejarle que pierda los ojos. Pero se prefiere el mendigo irredento para evitar el mendigo ingrato. Mientras un ser no ha perdido su gallardía no se le protege. Hasta parece que las mujeres que se crean una ansiedad morbosa de sensaciones fuertes, desean que se presente la desdicha para experimentar el placer de la compasión. Hay tal vez en el fondo del alma algo de crueldad, que se complace en la comparación de nuestra suerte con la desgracia de las otras. Acaso nos creemos superiores al proteger; acaso hay algo de vanidad al sentirnos satisfechos de nosotros mismos.

Para destruir este germen es preciso que no demos por caridad lo que estamos obligados a dar en justicia.

Pero dejando, si fuese posible, aparte estos motivos de sentimiento, la razón, desde todos los puntos de vista en que se coloque, rechaza así mismo la pena de muerte. Es una tristeza que ya que España no es un país de iniciativas sea un país de retrocesos. Un país de santos mártires. Porque ved bien en la historia y veréis como siempre los santos de mañana son los reos de hoy.

De todos los que perecieron como criminales en la hoguera, en el martirio o en el cadalso, hemos hecho nuestras grandes figuras de héroes y santos: Savonarola, Giordano Bruno, Miguel Servet... Me detengo. El cata -

logo de nombres es interminable... Algunos están muy cerca de nosotros y por eso aún no les ha llegado su exaltación... Quizás a todos ellos, cuando los demás les desconocían, les había presentido sólo un alma de mujer.

*
* *

Termino; perdonadme que os haya hablado de cosas tan áridas... Pero se necesita que las mujeres nos ocupemos de ellas y que no estemos siempre contentas, teniendo un espejo y almendras tostadas, como decía Lord Byron. Yo llevaré en mi corazón el recuerdo de simpatía que con vuestra amable acogida habéis grabado en él, en este ATENEO BEJARANO que tan gallardamente labora por la cultura patria.

Desearía sólo que mi palabra no fuese estéril; no por ser mía, sino por el amor con que os la dirijo.

Cuando, en vez de celebrar el primer aniversario de este centro, celebréis su entrada en la edad adulta, ojalá no existan ya en España todos estos absurdos que hoy combatimos. Esa es mi mayor aspiración. La conservaré con vuestro nombre y vuestro recuerdo así en el triunfo como en la lucha, estaré unida a vosotros. ¡No me olvidéis!

Carmen de Burgos Seguí (Colombine)

(Antes de la disertación, repetidas veces durante la lectura de la misma y al final de ella, recibió Colombine los más unánimes, insistentes y encendidos aplausos)

En el mismo número de CULTURA Y TOLERANCIA, Béjar (España) 21 de enero de 1912, núm. 7 (Extraordinario), a modo de agradecimiento a Carmen de Burgos, el director del ATENEO BEJARANO, publicó el siguiente artículo:

BUENA, BELLA, GENIAL Y CULTA

Con triste frecuencia suelen no ser buenos los que tienen inteligencia y saben adquirir ilustración. Lo cual no deja de parecerme anómalo; porque quien sabe mucho de ciertas materias o algo de todas y no sabe hacerse bueno, poco en certeza sabe. El fin y la aplicación primordiales del saber deben ser la bondad en todas sus modalidades. Ser inteligente y sabio y no ser bueno es ser inteligente y sabio menos que a medias.

Los conocimientos que vayamos asimilando deben servirnos para modelar nuestras entrañas y nuestras envolturas, de acuerdo con las bondades estéticas que procuramos brillen en nuestras obras, sean estas poesías, novelas, cuentos, artículos, esculturas, pinturas, composiciones musicales, inventos científicos o industriales, etc. La bondad de las formas ha de ser producto en unos casos y génesis en otros de la bondad de los fondos.

Y es muy cierto que, entre los artistas y entre los científicos de todas clases, no se encuentran de ordinario tantas personas buenas como es debido encontrar, aunque ello, al tener que confesarlo, nos duela y nos apene.

Por eso, cuando hallamos una persona de arte o de ciencia que, además de talento y de cultura, tiene bondad, nuestro placer para con nosotros mismos y nuestro amor para con ella alcanzan supremas altitudes.

Que es lo que a mí me ha ocurrido con la excelsa Carmen de Burgos Seguí (Colombine).

Cuando me dirigí a ella, para que nos dispensase la señalada merced de venir a disertar en nuestro ATENEO BEJARANO, lo hice sin conocerla personalmente y por la sola razón de merecerme un muy levantado juicio,

como escritora y como mujer moderna de criterio amplísimo.

Después, al tener la ventura de conocerla y de tratarla un poco, he podido convencerme de que la persona, la mujer iguala en merecimientos a la escritora. Escribe con genialidad, tiene hermosura, está en posesión de cultos saberes y es buena, muy buena; Madre insuperable, compañera siempre noble y siempre cordial, amiga excelente; buena, en suma, bajo todos los conceptos y amplitudes del vocablo. Buena para los chicos, para los medianos, para los grandes, para todos; sin que por esto deje de ser enérgica y viril, si la necesidad lo demanda, con energías y virilidades que para sí quisieran muchos hombres.

Ante nadie, sea quien fuere, falta en su bello rostro una sonrisa de afectuosidad y en su dulce voz una palabra amable.

Le gusta que la quieran, así nos lo dijo con sugestiva naturalidad, llegando a la finca El Bosque de esta ciudad de Béjar, y de seguro que lo consigue; porque todo el que sabe querer tiene que ser muy querido. Y en el corazón de la completa mujer y fastigiosa escritora Colombine hay un tesoro inmenso de amor ternísimo, para todos los seres y para todas las cosas, para el hermano hombre, para el hermano lobo, para la hermana yerba, para la hermana roca; un amor de tanta delicadeza y magnitud como el de Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Luisa Michel, Fermín Salvochea, León Tolstoy.

Por su rareza y originalidad, he querido ocuparme con preferencia en estos renglones de la bondad de Colombine, rasgo el más saliente y fúlgido de su encantadora manera de ser.

Hasta el punto que no vacilo en

proclamarla la Musa del ATENEO BEJARANO, que aspira a sacar de su seno una falange de seres buenos antes que de seres sapientes, aunque esta es también predilecta aspiración suya.



En 1911

A la vez he querido poner de manifiesto tal bondad, sobre todas sus demás altas cualidades, a fin de dar a los artistas que son buenas personas la importancia que merecen, y contrarrestar con ello a los muchos que creen que, para ser grandes y alcanzar gloria y provecho, la bondad es algo inútil o innecesario, o al menos merecedor de posponerse al talento y a la sapiencia; siendo así que la bondad, a mi entender, debe anteponerse a todo.

J. M. Blázquez de Pedro.



Alrededor de 1913

PRECIOSAS AÑADIDURAS

La conmemorativa velada de 1º de enero del cursante 1912, la más selecta y brillante de cuantas tiene efectuadas el ATENEO BEJARANO, fué adicionada a última hora con dos números positivamente notables.

María de Burgos, la digna hija de Colombine, cuerpo muy lindo que lleva dentro una espiritualidad exquisita, angelical y ensoñante de artista superior, leyó, con el misterioso gesto y con la eufónica entonación de hada que la caracteriza, la muy sentida composición poética Nocturno. (A Rosario), debida al numen gallardo del malogrado poeta americano Manuel Acuña.

El otro número adicional del programa constituyolo la recitación del intermedio del poeta de la filigrana literaria y escénica, escrita por el depurado Martínez Sierra, que se titula Canción de Cuna. La desempeñó nuestro paisano, el simpático joven Máximo Hernández Díaz, con una maestría y un buen gusto de que carecen muchos cómicos profesionales, incluso algunos que gozan de nombradía.

Solo esta vez le he visto y oído declamar y me ha bastado para creer que atesora relevantes condiciones de actor. Que las cultive y se me dará la razón de esta mi apreciación alentadora y franca, al ver como da él días de gloria a la escena española.

María y Máximo fueron con toda justicia muy aplaudidos y felicitados.



ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO DE MADRID
Calle del Prado, 21 - 28014
www.ateneodemadrid.com

AGRUPACIÓN ATENEISTA CARMEN DE BURGOS
Contacto: info@colombine.es